

TRANSFORMADOS POR LA REVELACIÓN

«Reveló sus caminos a Moisés y sus obras a los hijos de Israel.» (Salmos 103:7)

Conocer los caminos del Señor es diferente a conocer únicamente sus obras.

Los hijos de Israel conocieron las hazañas y se apartaron; Moisés conoció los caminos del Señor y fue fiel en toda la casa de Dios. Cuando Moisés pide conocer el camino de Dios, podemos ver el clamor de su corazón detrás de esta petición.

«Ahora, pues, si he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que me reveles en este momento cuál es tu camino, para que te conozca y hallé gracia ante tus ojos; y ten en cuenta que esta nación es tu pueblo.» (Éxodo 33:13)

El clamor de Moisés era conocer a Dios; él deseaba su presencia más que sus hazañas. El Señor había dicho que expulsaría a los enemigos, que llevaría a la nación a la tierra prometida, tierra que mana leche y miel, pero que su presencia no los acompañaría.

«Sube a una tierra que mana leche y miel; yo no subiré en medio de ti, porque eres un pueblo de dura cerviz, para que no te consuma en el camino.» (Éxodo 33:3)

Lo que llamó la atención de Moisés no fueron las bendiciones de la promesa, sino que el Señor no iría con ellos. Veamos el clamor de Moisés:

«Entonces Moisés le dijo: “Si tu presencia no va conmigo, no nos hagas subir de este lugar. ¿Cómo sabremos, pues, que hemos hallado gracia ante tus ojos, yo y tu pueblo? ¿Acaso no es porque vas con nosotros, de manera que yo y tu pueblo quedamos separados de todos los pueblos de la tierra?”» (Éxodo 33:15-16)

¿Cómo actuaríamos si la presencia de Dios no estuviera con nosotros?

- «Te daré la boda que tanto deseas, pero yo no estaré allí».
- «Te daré ese trabajo y el sueldo de tus sueños, pero yo no estaré contigo.»

¿Nos conformaríamos con tener las bendiciones del Señor, pero sin el Señor de las bendiciones?

Podemos tenerlo todo, pero sin la presencia del Señor nada tiene valor. Sin embargo, aunque no tuviéramos nada, con la presencia del Señor a nuestro lado, lo tenemos todo. No hay nada más valioso en todo el universo que la presencia de Dios.



Dios quiere que lo amemos sin pretensiones, un amor que no necesita condiciones para amar, ¡simplemente ama por lo que Él es!

Después de esto, Moisés pide ver la gloria de Dios:

«Entonces él dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Él le respondió: Haré pasar toda mi bondad delante de ti y proclamaré ante ti el nombre del Señor;» (Éxodo 33:18-19)

Entonces podemos ver cómo ocurre esto justo a continuación:

«Cuando el Señor descendió en la nube, se posó junto a él y proclamó el nombre del Señor. Y al pasar el Señor delante de él, clamó: “¡Señor, Señor, Dios compasivo, clemente y paciente, grande en misericordia y fidelidad, que guarda su misericordia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, aunque no deja sin castigo al culpable, y castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación! Y, al instante, Moisés se postró en tierra y lo adoró; y dijo: «Señor, si ahora he hallado gracia ante tus ojos, anda en medio de nosotros; porque este pueblo es de dura cerviz. Perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad». (Éxodo 34:5-9)

La visión de la gloria de Dios llevó a Moisés a postrarse y adorar. Tras vivir esta experiencia, bajó del monte transformado.

«Cuando Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en las manos, es decir, cuando bajó del monte, Moisés no sabía que su rostro resplandecía, después de que Dios le hubiera hablado.» (Éxodo 34:29)

¿Por qué el rostro de Moisés resplandeció esta vez y no la otra? El texto no lo explica, pero hay una diferencia entre ambas ocasiones. Esta vez Moisés escuchó el nombre del Señor y vio su gloria.

La revelación de Dios provocó una transformación en Moisés.

Cuando el pueblo de Israel pecó contra el Señor al no creer en su promesa, con motivo del informe de los espías, quisieron apedrear a Moisés.

«Si matas a este pueblo como a un solo hombre, los pueblos que antes oyeron hablar de tu fama dirán: “Como el Señor no pudo hacer entrar a este pueblo en la tierra que les prometió con juramento, los mató en el desierto”. Ahora, pues, te ruego que se engrandezca el poder de mi Señor, tal como has dicho: “El Señor es lento para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la transgresión, aunque no deja sin castigo al culpable, y castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la



tercera y cuarta generación. Perdona, pues, la iniquidad de este pueblo, según la grandeza de tu misericordia, y como también has perdonado a este pueblo desde la tierra de Egipto hasta aquí. El SEÑOR le respondió: «Según tu palabra, yo lo he perdonado». (Números 14:15-20)

Moisés actuó de acuerdo con la revelación que recibió de Dios, incluso ante las amenazas de su propio pueblo contra él. Dios se complace en la misericordia.

«Por la fe, Moisés, ya hecho hombre, rechazó ser llamado hijo de la hija del Faraón, prefiriendo ser maltratado junto con el pueblo de Dios antes que disfrutar de los placeres pasajeros del pecado; pues consideró el oprobio de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque tenía puesta la vista en la recompensa.» (Hebreos 11:24-26)

Moisés vio el sufrimiento de Cristo y prefirió identificarse con él.

Veamos ahora otra situación: el momento en que Dios impide a Moisés entrar en la tierra prometida:

«Moisés y Aarón reunieron al pueblo frente a la roca, y Moisés les dijo: “Escuchad ahora, rebeldes: ¿acaso vamos a hacer brotar agua de esta roca para vosotros?”. Moisés levantó la mano y golpeó la roca dos veces con su vara, y brotaron muchas aguas; y bebió la congregación y sus animales. Pero el Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme ante los hijos de Israel, por eso no haréis entrar a este pueblo en la tierra que les he dado». (Números 20:10-12)

La revelación va de la mano con la fe; tenemos fe gracias a la revelación, y en este caso Moisés no actuó de acuerdo con la revelación.

¿Cuántas situaciones nos tientan a actuar por nuestra cuenta, sin confiar en que Dios hará brotar agua de la roca? ¿En que Él tiene todo bajo control y cuida de todas las cosas?

Podemos saberlo todo sobre un tema determinado y, aun así, no actuar con fe.

«Yo también, en aquel tiempo, imploré misericordia al Señor, diciendo: ¡Oh Señor Dios! Has mostrado a tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa; ¿pues qué dios hay en los cielos o en la tierra que pueda hacer según tus obras, según tus poderosas hazañas? Te ruego que me dejes pasar, para que vea esta buena tierra que está al otro lado del Jordán, esta buena región montañosa y el Líbano. Pero el Señor se enojó mucho conmigo por causa de ustedes, y no me escuchó; al contrario, me dijo: «¡Basta! No me hables más de esto». (Deuteronomio 3:23-26)



¿Por qué tuvo consecuencias tan graves esta actitud de Moisés?

«Todos ellos comieron de un mismo manjar espiritual y bebieron de la misma fuente espiritual; porque bebían de una roca espiritual que los seguía. Y la roca era Cristo.» (1 Corintios 10:3,4)

Somos responsables de la revelación que hemos recibido.

«Cuando Moisés terminaba de hablar con ellos, se cubría el rostro con un velo. Pero cuando Moisés se presentaba ante el Señor para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía; y al salir, comunicaba a los hijos de Israel todo lo que se le había mandado. Así, los hijos de Israel veían el rostro de Moisés y veían que la piel de su rostro resplandecía; pero Moisés volvía a cubrirse el rostro con el velo hasta que entraba a hablar con él.» (Éxodo 34:33-35)

¿Y por qué Moisés se cubría el rostro con un velo?

La Escritura dice que era para que los hijos de Israel no se dieran cuenta de que aquella gloria era pasajera. De hecho, leemos que este velo está en sus corazones, de modo que hasta hoy siguen creyendo que aquella gloria permanece.

El ministerio del Espíritu:

«Y no somos como Moisés, que se cubría el rostro con un velo, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de lo que se desvanecía.» (2 Corintios 3:13)

Algunos pueden pensar que, en realidad, no somos como Moisés, en el sentido de que él fue un gran hombre de Dios. El significado es justo al contrario: la Palabra nos está elevando a un nivel superior.

¿CUÁL ES LA DIFERENCIA ENTRE LOS DOS MINISTERIOS?

- Esa gloria que se le apareció a Moisés fue pasajera; la presencia de Dios pasó junto a él y no permaneció.
- El Señor se reveló (se quitó el velo) por medio del Evangelio y proclamó su glorioso nombre, el nombre de Jesús.
- En este nombre vemos la plenitud de la bondad, la misericordia, la fidelidad y el perdón de Dios. Ahora contamos con la presencia del Señor entre nosotros, para siempre.

El propósito de Dios en su creación es que todo converja en Cristo.



«Revelándonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se había propuesto en Cristo, para reunir en él, en la dispensación de la plenitud de los tiempos, todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra;» (Efesios 1:9-10)

«Y todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria a su propia imagen, por el Señor, que es el Espíritu.» (2 Corintios 3:18)

Dios quiere transformarnos a través de la revelación.

«Contempladlo y seréis iluminados, y vuestro rostro nunca sufrirá vergüenza.» (Salmos 34:5)

«Pero yo, en la justicia, contemplaré tu rostro; cuando despierte, me saciaré de tu imagen.» (Salmos 17:15)

No hay mayor satisfacción que parecernos a Jesús. ¿Y dónde crecemos en esta revelación? En la intimidad.

«Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mateo 6:6).

Pr. Eduardo Arakaki

